

REGION de LEVANTE

DIARIO LIBERAL

AÑO III

REDACCION Y ADMINISTRACION
PLAZA DE CETINA NÚMERO I (BAJO)

Murcia 28 de Febrero 1906

PRECIOS DE SUSCRIPCION
En Murcia y fuera al mes UNA PESETA

NUM. 594

Memento homo...

Pasaron ya los días de Carnaval, en los que la humanidad vestida con los ropajes del incógnito más riguroso, vertió en horas de bullicio todas las inquietudes que embargaban el ánimo y entre carcajadas estruendosas, el gesto insinuante y la voz fingida, vertieron los corazones en cuitas más reservadas.

Todo parece que convida al regocijo en estas jornadas «clownescas» donde las penas huyen y la risa asoma a los labios. Entonces está plenamente justificada la amarga sátira de Zamacois vislumbrando a través de las muecas de los enmascarados la protesta irónica de los seres que no conformándose con la libertad que la organización social les brinda, huyen de ella como si escudándose en el ropaje del misterio fuera de más fuerza la voz de protesta contra las pequeñeces de la vida ó en todo caso se consiguiera ridiculizar con mayor brío los defectos ajenos.

¿Qué secreto impulso moverá a las almas para entregarse a la burla, al íntimo placer de la satisfacción, premeditadamente, cautamente? ¿Acaso es que el hombre, dominando las asechanzas del destino, puede evocar en un momento la risueña alegría, olvidando los grandes pesares que de continuo le asedian despiadados?

La contestación que el pequeño filósofo *Aezrin*, el escrutador de las almas y el psicólogo de la existencia, pudiera darnos la confirma el pueblo soberano con sus discusiones, con sus disfraces vistosos, con su loca alegría...

Es que los seres comprenden que la vida es dolorosa peregrinación a carretera tendida, desigual, alevosa casi siempre y por eso después de haber recorrido con Campoamor todas las reconditeces del alma, se entregan al humorismo excéptico con el presentimiento de que la tristeza los envolverá después en sus estrechas redes haciendo surgir el sollozo en el pecho embargado de alegría, las lágrimas en los ojos vivos, serenos, decididos, insinuantes.

Por eso si contemplamos a las ciudades del gran mundo en estos días, quien sabe si engendrados en la bacanal romana, veremos a Venecia dormitando indolentemente bajo la negrura de las noches al rápido cruzar de los empavesados bajeles que surcan con majestad los lagos que parecen espejos de plata, cornucopias de cristal; a Londres, gimiendo bajo la tonalidad grisácea de sus nieblas, después del combate carnavalesco; a París, palpitando a compás de sus orgiásticos festejos, de su lujo deslumbrante, y veremos, en fin, a España con sus capitales bulliciosas y sus sonrientes villas mecidiéndose voluptuosa a merced de la dulce brisa de sus azulados mares y al intenso reflejar de los ardientes rayos del sol. Y si Felipe II pronunció en su época la famosa frase (conocida en todo el orbe, es fácil que si viviera en nuestros días afirmara que «el sol del Arte no se pone en nuestros dominios» al ver las flores que visten las creaciones del genio artístico y las riquísimas galas que adornan nuestro eterno decir de tiernas romanzas y el bravo cantar de nuestros mozos ante la reina misteriosa donde la amada hermosa como una imagen de Rubens, corresponde con miradas de fuego a la loca pasión de su galán.

Así es el Carnaval en nuestro pueblo y todos lo hemos visto deslizar insensiblemente sin hastio, sin irremediable cansancio, por aquello de que el bien es una carta venturosa que leeríamos a todas horas...

Ya cesó la orgía. Como la vida son nuestras acciones; una imitación incesante, un salto repentino, una amalgama misteriosa de risas y lágrimas, de placer y dolor.

Ha llegado la hora suprema en que el recuerdo de éste nos hace volver en sí

para que nuestra conducta se acomode a la realidad, para que pensemos que a espaldas del insensato banqueteo de las libaciones hay abierta una brecha profunda donde los cuerpos se consumen, mientras que el alma, errante y solitaria, camina hacia donde dispone el Justo.

La Iglesia, nuestra santa madre, caritativa, compasiva nos lo ha recordado esta mañana en la hora solemne del augusto Sacrificio: «Memento homo».

¡Oh, santidad de las cosas divinas! Sabiduría, unción cristiana, espíritu de caridad, nuncio del bien, baluarte contra las asechanzas del mal y sostén confortativo de nuestra misera existencia se deduce de esas palabras.

Pensemos, si, pensemos en la admirable filosofía de esta advertencia y sean nuestras obras consecuencia irredudible de ella.

Sobre nuestras ilusiones, sobre la ambición, sobre el deseo, sobre el propio orgullo, están los deleznales augurios de la corrupción de la muerte, a ella iremos irremisiblemente con solo una esperanza:

La de que ese «Memento homo» no nos asuste si hemos sido dignos de la aprobación justiciera de Aquél que sólo es grande...

Carta política

Sr. Director de REGION DE LEVANTE.

La tan decantada entente cordiale franco-inglesa no acaba de salir de la luna de miel.

Las corrientes de simpatía y de sincera amistad se acentúan más cada día entre uno y otro pueblo, patentizando con la fusión de sus ideas y sentimientos que la inteligencia, no es una de tantas inteligencias nacidas de las necesidades del protocolo ó inspiradas en el principio imperioso de atender mancomunadamente a la dualidad de intereses afectos a ambos países.

Sería cerrar los ojos a la realidad, pensar que esa comunidad de intereses no ha servido de base para asentar sobre ella los cimientos de esa entente que más parece un idilio inagotable de arrobadores deleites.

Pero al propio tiempo, equivaldría a una prueba de miopía, rayana en la ceguera, atribuir a ese solo hecho el mérito de haber realizado la fusión de las dos almas populares a tales términos de efusión y enamoramiento.

Porque hay que desengañarse: el pueblo es siempre el pueblo: y aunque dentro naturalmente de su grado de cultura, vive de ordinario una vida de inconsciencia supina, en cuanto atañe a sus propios intereses fuera del hogar, y esto hace que a despecho de todos los gobiernos y mal que pese a todas las diplomacias, los pueblos no hagan ningún esfuerzo para aparecer unidos en estrecho abrazo, cuando este no ha de ser sincero, cuando el instinto del odio ó la indiferencia les dice a grandes voces que tal acto es un acto de cobardes en el primer caso y sencillamente repugnante en el segundo.

Pero no es este el caso en la llamada entente cordiale, franco-británica.

En ello el instinto del pueblo, lejos de aparecer divorciado de las tendencias que inspiran la política exterior de sus gobernantes se muestra cada vez más identificado con ellas, haciendo que directores y dirigidos estén compenetrados de sus respectivos papeles, y que todos marchen de continuo por el camino trazado; el que a juicio de unos y otros conduce a la conquista del ideal que ha de traducirse en bien para todos.

F.

27-2-1906.

ACTUALIDAD

HASTIO

Tres días de diversión constante dejan en el espíritu acibárico sabor. Su acritud se percibe y extiende por nuestro ser en nubecillas grises...

Es cosa sabida. Tras las fiestas bulangueras de Carnaval, al asomar su escuálida figura la Cuaresma, aparece en nuestra cara la sonrisa excéptica del hastio. En un repliegue de nuestra boca, va escrita la historia eterna.

Por naturaleza llevamos cierto pesimismo interno que nos abruma. Este se manifiesta en todo.

Hay máscaras, nos dan bromas, vamos entre sus brazos de diversión ó diversión, con la carcajada estridente y responde a sus bromitas inspiradas por el dios Momo...

Entonces no pensamos sino en alegrías, no hablamos sino en chirigota perpetua, reímos y gozamos de la vida, placenteramente...

Llegase a un tercer día, salimos del baile embriagados de voluptuosidad, acariciados por mil sensaciones agradables, llenos de dulces recuerdos que nos deleitan...

Aquella noche Morfeo nos acoge en sus brazos con paternal cariño y en sueños vivimos una bella idealidad.

Tintinean monótonas las campanas de las iglesias cercanas, por entre los resacaos del maderamen del balcón asoman claridades inciertas que hieren nuestros ojos recién abiertos al nuevo día.

Damos media vuelta en el lecho, entornamos los párpados perezosamente y notamos que una pesadez íntima, llena de brumas nos invade...

Decidimos levantarnos desechando pereza malsana; nos vestimos muy despacio y contra nuestra costumbre rechazamos salir pronto a corretear. Hacemos tiempo, entreteniéndonos en minucias cualesquiera.

Al fin salimos a la calle. El cielo azul pesa sobre nuestras cabezas, los paredones altos de las casas nos oprimen, casi nos asfixian... Sentimos vaguedades espirituales, damos algún que otro paso en falso... Llegamos a la mesa de redacción, al café, al despacho... Allí nos sentamos y sentimos aumentado nuestro mal estar.

¿Qué será esto? ¿Qué amargor deja en las almas la bacanal carnavalesca productora de estos resultados?

¡Quién sabe la causa! Solo conocemos palpablemente los efectos.

R. PONTONES.

De todas partes

La voz humana es más ó menos fuerte, según las razas.

Los tártaros tienen una voz muy poderosa y los alemanes generalmente débil.

Seguramente los sonidos más suaves y poco extensos los emiten japoneses y chinos.

Los españoles estamos en el término medio.

Antiguamente los hombres usaban pendientes en las orejas, como las mujeres en la mayor parte de los países.

En Inglaterra también imperó la costumbre.

Shakespeare rindió culto a la moda.

Carlos I de Inglaterra gastaba unas magníficas perlas, que regaló a su hija antes de salir para el patíbulo.

Una importante Sociedad vinícola de California ha mandado construir un barril que eclipse para siempre la gloria del famoso tonel de Heidelberg.

Dicho barril ha sido construido con madera de un árbol gigantesco del Far West americano, el «redwood», y su construcción ha durado dos años.

Los aros que circundan el barril tienen ocho metros de diámetro.

¡Son de acero de calidad superior y

pesan diez y ocho toneladas, ó sean 18.000 kilos.

El recipiente mide 11 metros y 45 centímetros de altura y 2350 de circunferencia y su capacidad supera en 100.000 litros al tonel de Heidelberg.

Para dar una idea de la grandiosidad de dicho barril, el día que se inauguró, los propietarios ofrecieron en el interior del mismo un banquete a 300 personas, servidos por 40 camareros.

¡Vaya un barrill!

PAGINA AGRÍCOLA

LA PRODUCCION DEL AZUCAR

La Dirección general de Aduanas ha publicado los datos de la producción de las fábricas de azúcar de caña durante el semestre de 1.º de Enero a 31 de Julio de 1905.

Según dichos datos, la caña de azúcar que entró en las fábricas durante ese tiempo fué de kilogramos 309.152.087; 48.120.923 kilogramos más que en la misma época del año 1904.

El azúcar envasado y almacenado durante el último semestre fué de 26.917.639 kilogramos, existiendo una diferencia en la producción en favor de este año de 6.238.999 kilogramos más que en 1904.

Las fábricas que han marchado al frente de la producción azucarera durante el año 1905, fueron las siguientes: La fábrica de Nuestra Señora del Rosario, en Salobreña (Granada), que molió 44.520.154 kilogramos de caña, envasando azúcar en cantidad de 3.928.405 kilogramos.

A esta sigue en producción la de Nuestra Señora del Carmen, en Torre de Mar (Málaga), que trituró 34.922.345 kilogramos de caña, envasando 2.771.291 de azúcar.

Las fábricas de Motril (Granada), que son la de Nuestra Señora de las Angustias, Nuestra Señora de Lourdes, Nuestra Señora del Pilar y San José, han envasado y almacenado este año próximamente cada una 1.200.000 kilogramos de azúcar.

CUENTO DIARIO

El disco de la muerte

(Traducción del inglés)

Era en tiempos de Oliver Cromwell.

Su protectorado fué en una de las épocas más brillantes de la historia de Inglaterra; pero antes de ser dueño absoluto del poder, Oliver Cromwell tan hábil como ambicioso, no retrocedía jamás ante las penas más crueles, para castigar aquellos que osaban oponerle la menor resistencia.

El coronel Maifair era el oficial más joven del ejército de la República; apenas contaría treinta años; a pesar de ser tan corta su edad ya había asistido a numerosos combates; su coraje y su valor le habían valido la simpatía y admiración de todos; él había debido ser muy dichoso. ¿Qué le sucedía? ¿Por qué estaba ahora triste y desalentado?

Era la época de invierno; había llegado la noche, fuera de la casa reinaba la tormenta y la obscuridad, dentro un silencio melancólico. El coronel y su joven esposa, sentados delante del fuego, cogidas las manos, guardaban el más profundo silencio; habían rezado juntos y ahora solo les quedaba una cosa por hacer: Esperar. No mucho tiempo, sin duda; al pensar en ello la joven esposa, temblaba.

Ellos tenían solamente un hijo, una pequeña niña de siete años, Abbi, su ídolo, la alegría de aquel nido amoroso. Todas las tardes iba la pequeña Abbi a darle un abrazo. El coronel, rompiendo aquel silencio, dijo a su mujer:

—Sequémonos las lágrimas por el amor de nuestra hija. ¡Que ella no se entere de nada!

Diciendo esto apareció en el dintel de la puerta una bonita niña rubia con los

caballos sueltos graciosamente en rizados «bouclés»; al ver a su padre lanzó un grito de alegría, y corriendo hacia él de un salto se encaramó sobre sus rodillas; al verla este la estrechó contra su pecho abrazándola fuertemente.

—Papá, papá, no me abrases de ese modo, no aprietes que me haces daño y me estás despeinando.

Ella quiso desasirse y saltar al suelo, pero su padre la retuvo en sus brazos y le dijo:

—No, no te vas, quédate aquí, he sido malo lo reconozco; perdóname. ¿Qué debo hacer como penitencia?

En un instante, la sonrisa y la alegría iluminaron el rostro de la niña, la cual, apoyando la cabeza sobre la mejilla de su padre, le pedía una historia, ¡una historia!

...

«¡Escuchad!...

Los padres contuvieron la respiración y guardaron silencio; a pesar del ruido del viento, se oyeron a lo lejos algunos pasos que se acercaban cada vez más y se percibían más pesados; después, se sentían más lejos, hasta que desaparecieron.

El coronel Maifair y su mujer, respiraron largamente como si acabaran de escapar de un gran peligro. Después dijo con tranquilidad:

—¿Tú me pides una historia, sin duda muy alegre, mi Abbi?

—¡Oh! pero no, papá, cuéntame una historia triste, muy triste, que nos haga temblar, estremecernos, como si fuera real y verdadera.

Mamá, approximate, dame la mano. Ahora, comienza papá.

—Una vez había tres coroneles. En una batalla, ellos cometieron una falta contra la disciplina. Habían dado orden de defender un ataque sobre una fuerte posición, a fin de atraer al enemigo y dar tiempo al ejército de la República para batirse en retirada; pero en su entusiasmo los tres coroneles libraron una brava batalla en la cual vencieron. El general en jefe, al cumplimentarles se incomodó mucho por su desobediencia, ordenándoles que viniesen a Londres en donde acababan de ser juzgados.

—¿El gran general es Cromwell, no es esto papá?

—Sí.

—Yo lo conozco bien, yo lo he visto. Cuando pasa montado sobre su gran caballo, a la cabeza de sus soldados, las gentes le ven con espanto, pero yo, yo no me asusto del todo, y él me mira con bondad.

—Querida parlanchina, los coroneles están desde luego en Londres, bajo su palabra, les han dado permiso para marchar a ver sus familias por última vez.

...

«¡Escuchad!...

¡Ellos escucharon! Aun se oyen pasos, pero esta vez también se alejan.

La madre dejó la cabeza sobre el hombro de su marido para ocultar la enorme palidez de su rostro.

«Los coroneles llegaron esta mañana...»

Los ojos de la niña se abrieron grandemente.

—Pero, papá, ¿esta es una historia verdadera?

—Sí, mi querida niña.

—¡Oh! ¡Cómo te quiero, papá! Continúa. Pero, mamá, tú lloras. ¿Por qué, pues, di?

—Nada, nada mona mía, es que pensaba... en sus pobres familias.

—No llores más mamá, esto terminará bien, ya verás. Y después, esta mañana ¿dónde han estado, papá?

—Desde luego les han llevado a un castillo antes de darles permiso para ir a sus casas. En el castillo, los jueces los han interrogado, los han reconocido culpables y los han condenado a los tres a muerte.

—¿Cómo, esto es un crimen, una iniquidad! Querida mamá, ¡tú lloras te lavia! No llores más, ya ve-

